

# Del país y sus habitantes

## El himno de un pueblo

*Costumbres igorrotas en el este de Benguet*

*Por el Rdo. P. Claerhoudt, Misionero en Bokod, Penguét*

### XV

## Puñgao . . . Bakak

*Continuación.*

**E**RA un pueblecito, pequeño, insignificante, en las márgenes del río Agno....

Agrupábanse muy junticas sus humildes chozas bajo altos y sombríos mangales. Y un poco más lejos mecían sus flexibles tallos los gigantes cañaverales, kawaians, cobijando bajo su sombra espesos matorrales salpicados de flores blancas como la nieve, mientras que las laderas de las colinas aparecían cubiertas de las doradas espigas de arroz, que la suave brisa arrullaba dulcemente.

Era un pueblecito, pequeño, muy pequeño, en las márgenes del río Agno....

Los habitantes de aquel tranquilo nidito, tan remoto, tan solitario, vivían separados del resto

de la humanidad, llevando una existencia monótona, bajo la dirección y manejo de un ducho mambunung....

Era el hechicero-gobernante un hombre de no pocos años, enjuto de carnes y alto, más alto que ninguno de los habitantes del pueblo. Había nacido en aquel pueblecito solitario, y allí había pasado su infancia, y llegado a la vejez. Había aprendido mucha ciencia de sus antepasados, y era tanto el saber que logró acumular, que se sabía de memoria todo lo que sus numerosos antepasados habían legado por tradición a sus descendientes respecto de enfermedades y otros males, y sabía no solo las causas de tales males sino también sus remedios. Poseía un incon-

table número de exorcismos todos a cual más misteriosos y poderosos: conversaba con Kabunian, con las almas del monte Polak, con los espíritus que vivían en el cielo, con el agua y con el fuego. En una palabra, tenía el poder de poderse comunicar con todos los del otro mundo, y en sus narraciones siempre hablaba de la causa y origen de las cosas.

Era el tiempo de la cosecha, y se había fijado el primer día en que debían salir los segadores al campo para cortar las doradas espigas del arroz.

—El primer arrozal que ha de ser cosechado debe ser bendecido, —dijo el mambunung al pueblo, —el primer arrozal en ser cosechado debe ser exorcisado. Mañana iremos todos al arrozal en donde esté el grano más maduro, que es en el de Pokchas, y después de las ceremonias, podéis comenzar a segar los demás campos.

El día siguiente amaneció claro y sereno: el sol derramaba su luz a raudales sobre el alegre campo de Pokchas, y las espigas que se inclinaban bajo el peso del rico grano parecían aun más doradas. En el muro más alto de la cerca del campo había mandado el mambunung colocar una lanza que se usaba para la caza, y en la punta de ella colocóse una banderilla, señal que ya todos conocían, y que prohibía la entrada en el campo de Pokchas durante las ceremonias, excepto a los que iban a segar la cosecha.

Todos las mujeres que iban a ayudar a cosechar el palay, se habían sentado alrededor de la lanza que ostentaba la banderilla, y a unos cuantos pasos de distancia de ellas se hallaba el desgarrado mambunung. Inclinando éste su macilento cuerpo sobre una tinaja llena de tapoei, comenzó a invocar a los espíritus de este nodo:

—Vosotros, ¡O Kabigat y Bugan!

Vos, O Kabigat!

que en el cielo tenéis vuestra mansión;

Vosotros que nos dais el alimento,

arroz y abba en abundancia, y cuanto menester habemos:

Vosotros, ¡O Kabigat y Bugan!

Benedicid la cosecha, bendicid el grano.

Sois vosotros bondadosos, creadores de estos campos; los arasteis, trabajasteis, bendicid el arroz y el palay y los campos do ellos crecen sai gwara kai-ñgad-ñgadanyo, para que os honremos.

Vos, O Trueno poderoso, desde lo alto protegédnos;

no destruyais nuestro pueblo ni los campos.

Iango....aceptad nuestra ofrenda,

este vino y tapoei exquisitos.

Venid y juntos beberemos,

¡Venid! ¡protegédnos! Venid y concedédnos,

vida larga y riquezas.

Calló el mambunung, cogió tres piedrecitas, las echó en el terreno

de Pokchas, y prosiguió la invocación:

—Sikajo i makadaga....

Vosotros que todo lo habéis hecho,

benedicid la cosecha, benedicid el grano!

Iango....aceptad este tapoei, y este vino que os ofrecemos.

Cesó la oración y Pokchas cogió una jarra de vino, bebió un sorbo del licor y luego pasóla a los demás; y en el entretanto comenzaron los segadores a cosechar el palay.

Continuaron trabajando los segadores en los arrozales hasta la tarde. Y cuando comenzó a obscurer, Pokchas y el mambunung abandonaron el campo, y tomaron el camino que conducía al pueblo, seguidos de una larga fila de mujeres que marchaban lentamente, doblégadas sus espaldas bajo el peso de las sendas cargas de palay que llevaban.

Mientras tanto, en la choza de Pokchas unas cuantas jóvenes preparaban hábilmente la cena que consistía de arroz cocido, del que había sobrado de la cosecha del año anterior, y de carne de cerdo cocida.

Al fin llegaron los segadores y se congregaron en el solar de la choza de Pokchas en donde depositaron los fardos del palay cosechado; luego entró el mambunung, sentóse en cuclillas junto al fuego en donde se había colocado la cazuela de arroz, y comenzó a orar en voz alta.

—Kaladjo! Aproximaos! todos los que festejasteis al Bákak

en los días idos, en los días pasados:

venid y enseñadnos la oración del Bákad que ahora celebramos.

Sikajo Bimáka-mákak....

Al Bakák en tiempos idos

le rezasteis y festejasteis!

Mandasakjoi inakan....

Venid y multiplicad

lo que aquí os ofrecemos!

Tepiaño i aduto....

De estos manjares deliciosos

participemos todos juntos.

Concedednos felicidad y riquezas

para que os invitemos

con frecuencia a nuestras fiestas!

Calló el mambunung: cogió un poco del arroz que se estaba cociendo y untó con él las tres piedras sobre las que había sido colocada la cazuela. Y continuó la oración.

—Chakadan, pues sobre vosotros,

descanza esta cazuela,

mientras el arroz se cueze

comed de él vosotras las primeras.

¡Velad! y que el fuego no se extinga,

proteged los manjares mientras se cuezen.

Volvió a interrumpir su rezo el mambunung, esta vez para untar con arroz el banquillo que se hallaba suspendido sobre el fogón y

sobre el cual iban dejando los segadores, fardos de palay para que se secan. Terminada esta ceremonia resumió de nuevo la invocación:

—Sikam Sóo-oodán, pañg-ánka,

Y tú, banquillo, en donde sécanse estos fardos,

participa de este manjar, y siempre

vela por el fuego y la comida.

Levantóse el mambunung, dió unos cuantos pasos hacia adelante y acercándose al pilón en donde se pilaba el arroz y el que estaba cerca de la choza, hechó dentro otro poco de arroz cocido, y concluida esta última ceremonia, inicióse el gran banquete al que participaron todos cuantos habían asistido a las ceremonias de la bendición de la cosecha.

Concluidas las ceremonias del Bákak, los moradores del pueblecito igorrote junto al Agno, co-

menzaron a recoger la cosecha de sus fértiles arrozales....

Durante aquellos días el pueblo sembraba un cementerio; no quedaba en él ni un alma, en cambio en los campos aparecía una muchedumbre rebullente que en medio de una gran algazara iba segando las doradas espigas del precioso grano. Todos se hallaban en los campos, todos, excepto el mambunung de sombrío aspecto. Echado sobre el verde césped, bajo la sombra de un corpulento árbol de manga que cobijaba a su modesta choza, pasábase las largas horas del día vigilando el pueblo desierto, mientras contemplaba a los segadores que recogían la cosecha en los extensos arrozales que cubrían las laderas de las colinas, extendiéndose hasta los confines del pueblecito acariciado por las azules aguas del Agno.

(Se Continuará)



## Blasfemo que Muere Repentinamente

Al fin de la comida que daba la Prensa racionalista, hablaba mister Georges Whale. Atacó vivamente a la Religion, y declaró irónicamente:

“Atraigamos al gran número de vuestros conciudadanos que quieren formar en las filas de la Iglesia. Su- man menos de la séptima parte de

nuestra población, y, sin embargo, tienen la imprudencia de pretender que formar la élite nacional. Comamos y bebamos porque mañana estaremos muertos.”

Al pronunciar estas palabras, mister George Whale se desplomó y quedó muerto súbitamente.

